

CHINDASVINTO!!!

Juguete cómico en un acto, original y en verso, de D. Calisto Navarro, *para representarse en Madrid, el año de* 1871.

PERSONAJES.

Carolina, *hermana de*
Carmen.
Salomé.
D. Ramon.
D. Valentin, *anciano.*
D. Enrique.

La accion pasa en Madrid y en nuestros dias.

Sala decentemente amueblada; puerta al foro y dos á la derecha: a la izquierda un balcon y al lado una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

Don Ramon, *escribiendo.*

«Mi buen amigo Pascual;
há un mes que mudé de estado
y desde que me he casado
no me vá del todo mal;
mi mujer, chico, es divina,
tiene un talle tan chiquito!
Hasta su nombre es bonito,
pues se llama Carolina.
No gasta en su vida cocas.
Voluptuosa, ideal;
en fin, te digo, Pascual,
que es mujer como hay muy pocas.
Me quiere de corazon,
y yo en ella tengo fé,
pero ya te explicaré,
á nuestra vista: Ramon.»
(*Hablado.*) De fijo queda pasmado
al saber que tras de mil
aventuras, este Abril
Carolina me ha atrapado.
Paréceme que le veo
esclamar, ya se acabó!
Pobre Ramon, se clavó!
(*Llamando.*) Juan, esta carta al correo.
Mas se engaña por mi estrella
que al transformarme en marido,
quien en el trato ha perdido
no he sido yo, sino ella.
Pues en mi perpétuo afan,
si salimos de paseo,
do quier un seductor veo
y en cada hombre un galan.
Si alguno espera en la esquina,
yo no sé lo que me dá,
pues me figuro que está
solo allí por Carolina.
En el teatro no puedo
soportar que uno la mire,
ni que se ria y suspire;
de todo, en fin, tengo miedo;
y tanto esto me domina,
que de mí soy dueño apenas,
y paga culpas agenas
la inocente Carolina.
Mi cuñada me regaña:
pero cá! tiempo perdido;
convenza usted á un marido...
de que es celoso y se engaña.

ESCENA II.

Ramon, Carolina, Carmen.

Caro. Muy buenos dias, Ramon.
Ram. Vestidas! Qué es lo que veo?
A dónde vais?
Caro. A paseo.
Car. Jesús que hombre tan gruñon!
Pero no te acuerdas, dí,
que ayer despues de almorzar,
nos dijiste que á pasear
temprano iríamos?
Ram. Sí.
Car. Pues entonces, dí, por qué
vernos vestidas te altera?
Ram. Es cierto, mujer, espera
que en el momento saldré.
Car. Ramon, nos hace reir
tu contínuo sobresalto;
pareces de razon falto.
Ram. Vaya, me voy á vestir. (*Vase.*)

20

ESCENA III.

Dichos, menos Ramon.

Car. Querida hermana; aprovecho
esta oportuna ocasion,
en que Ramon está ausente,
para pedirte un favor.
Caro. Empieza, que ya te escucho;
y si hacerlo puedo yo,
sabes te he querido siempre.
Car. Por esa misma razon
me he decidido; hace dias
que mi labio te indicó,
que cierto jóven há tiempo
me estaba haciendo el amor.
Caro. Si, Cármen; y tambien sé
que tú tienes aficion
al tal.
Car. A qué he de negarlo?
Desque le ví, me agradó
su buen porte, su elegancia,
y su aire de distincion.
Caro. Y bien, qué quieres de mí?
Car. Ayer tarde me escribió,
y piensa venir á hacer
una formal peticion
de mi mano, y yo quisiera...
qus tú le hablaras.
Caro. Quién, yo?
Car. Sí, hermanita.
Caro. Y con qué objeto?
Car. Para ver si la pasion
que me pinta, es verdadera;
tú sondeas su interior...
Caro. Ah! ya comprendo!...
Car. Y accedes?
Caro. Si lo permite Ramon,
cuando venga, lo veré.
Car. No, Carolina, eso no,
pues quiero lo ignore todo.
Caro. Por qué?
Car. Porque es muy gruñon,
y acaso me riña.
Caro. Entonces
acceder no puedo yo,
á tu deseo.
Car. Te niegas!
Pues yo le diré á Ramon
todo lo de Chindasvinto.
Caro. Qué vás á hacer? No, por Dios.
Car. Es decir que al fin te avienes?
Caro. Accedo á tu peticion.

ESCENA IV.

Dichos, Ramon, *luego* Salomé.

Ram. Aquí me teneis vestido;
cuando gusteis.
Caro. Vámonos.
Car. Pues andando.
Caro. (*Llama.*) Salomé.
Ram. Salomé.
Sal. Aquí estoy, señor.
Caro. Nos vames, cuida de casa,
y no abras á nadie.
Sal. Oh!
No tengan ustedes cuidado,
que no entrará nadie.
Caro. Adios.

ESCENA V.

Salomé, *sola.*

Conque se ván de paseo
y yo sola he de quedar?
Quiá, no lo crean ustedes!
Pues no faltaria mas;
y Juan que me está esperando
sin duda ahí bajo.
(*Mirando por el balcon.*) Cabal.
Voy á hablar con él un rato,
pues no es de mujer honrá
dar plantones en la esquina
á su querido chaval.
Además, que los señores
hasta tarde no vendrán. (*Våse cantando.*)
No me lleves á Paul,
que me verá papá, etc.

ESCENA VI.

Don Valentin, *con gafas.*

Pues señor, héme ya en casa;
vaya un calor sofocante;
y la criada se porta;
se vá muy seria á la calle,
y deja abierta la puerta.
Cuando venga he de ajustarle
las cuentas; pues hombre, vaya!
Pero en fin, por otra parte
mis negocios marchan bien;
no tengo por qué quejarme,
En catorce cofradias
há tiempo que soy cofrade,
y en una de ellas, de fijo,
mayordomo han de nombrarme.
Además, que ya muy pronto
es la novena del Cármen,
y estaré de petitorio,
de seguro; estoy en grande!
Y qué diferencia hay
de mí, á esa otra falange,
que ocupándose en política
corriendo van por las calles,
viendo si sube Fulano
ó si don Zutano cae?
Qué Madrid! San Caralampio,
cuánto necio, cuánto cafre!
Siempre con el alma en vilo,
siempre temiendo un percance;
aquí de una obra se suelta
un cubo, y encima cae
del infeliz transeunte,
aplastándole; un carruaje
mas allá, rompe una pierna
al que un punto se distrae,
y cuando quiere uno huir
de estos y otros mil percances,
le sueltan un jeringazo
esos que riegan las calles,
poniéndole como nuevo,
y yo estoy en riesgo grave,
porque como veo poco...
Jesús! la Virgen me saque
con bien de Madrid, cual ya
ha hecho, que aquel que sale
hoy en dia de su casa

y vuelve sin que le falte
nada, ya puede decir
que ha puesto una pica en Flandes.
Pero la chica no vuelve,
y voy teniendo ya hambre;
esperémosla sentado. (*Se sienta en la butaca.*)
Siento mis ojos cerrarse;
dormiremos un poquito,
y cuando venga, que llame. (*Se duerme.*)

ESCENA VII.

DON RAMON, *sin ver á* DON VALENTIN.

Vaya un descuido de chica!
Dejarse puesto el llavin!
Gracias á que cuando íbamos
muy cerca ya de San Luis,
me dijo Carmen: Mi chal,
el nuevo de cachemir,
se me ha olvidado; si no
al volver todos aquí,
nos encontramos robados
sin camas donde dormir.
(*Mirando por el balcon.*)
Mas qué miro? No es aquella
Salomé? Si, ella es, sí;
y hablando está con un pollo
muy almivarado y muy...
La dá una carta;... y dinero;
por vida de San Crispin!
No, pues lo que es esa carta,
de fijo, no es para mí.
Cuando venga esa gazmoña
yo la tengo que decir...
Si será algun seductor?
Voto á Judas. (*Dá un puñetazo en la mesa.*)
VAL. (*Despertando.*) Quién vá ahí?
RAM. Un desconocido en casa?
VAL. Quién será este Malandrin?
RAM. Qué hace usted aquí?
VAL. (*Aparte.*) (Esto es bueno.)
No lo ha visto usted?... Dormir.
RAM. Pues me gusta la franqueza!
VAL. La franqueza? Si, eso si,
nada de etiquetas, nada;
siéntese, y puede decir...
qué se le ofrece?
RAM. Canário!
Lo que se me ofrece á mí,
es que tome uste el portante.
VAL. Qué es eso, chisgaravis?
Esta es mi casa, y yo puedo
tranquilo en ella vivir.
RAM. Yo he pagado el alquiler,
y me corresponde á mí;
así, coja usté el portante,
ó llamo un guardia civil.
VAL. Usté quiere que me vaya?
Corriente, no hay que reñir;
me voy; pero volveré
seguido de un alguacil,
un inspector y un sereno,
para echarle á usted de aquí.
RAM. Cómo se entiende!
VAL. Lo dicho,
yo le enseñaré á vivir.
RAM. Echarme á mí de mi casa?
Canastos! pues hasta ahí
podian llegar las bromas.
Salid al punto, salid,
ó no respondo...
VAL. Cachaza;
no hay que alterarse por mí,
pues yo sin incomodarme,
le llamo á usté hombre incivil.
RAM. Qué ha dicho usted?
VAL. Y canalla...
RAM. Caballero...
VAL. Necio y ruin.
RAM. Y yo contesto á sus motes
llamándole á usté Ibrahim!

ESCENA VIII.

Dichos, entra SALOMÉ.

SAL. Dios mio! Ha venido el amo
mientras yo salí de casa;
qué es lo que usted me ordena?
VAL. Una mujer santa Clara!
Aquí se entra todo el mundo
como tierra conquistada.
RAM. Ah! eres tú? Ven, y al momento
vas á entregarme la carta
que te han dado.
SAL. Quién lo ha dicho!
Señorito, usted se engaña;
si á mi no...
RAM. Conque nó, eh!
Mira no te hagas la pava,
porque á mí no me la pega
ni el sumsuncordam.
SAL. Caramba!
Cuando digo...
RAM. Toma un duro,
y dámela.
SAL. Si ésta carta...
no es para usted.
(*Durante este diálogo, D. Valentin se acerca por detrás, y al sacar Salomé la carta, la coge y dice.*)
VAL. Ya comprendo,
será para mi.
(*La abre y D. Ramon se la quita; pero al hacerlo, se rompe un pedazo sin que D. Ramon se aperciba, D. Valentin se lo guarda en el bolsillo.*)
RAM. So máula!
Es decir que no contento
con apropiarse mi casa,
la carta que me dirigen
quiere tambien... solo falta
que se le antoje mi esposa,
y lo que es eso, necuacuam.
VAL. Conque usted está casado?
Amigo, le tengo lástima;
que estar casado, equivale
á padecer la escarlata,
el tifus, el sarampion,
el cólera, en fin el asma.
RAM. Si no sale por la puerta,
vá á salir por la ventana!
VAL. Beso á usté la mano, amigo.
RAM. Vaya usted en hora mala.

ESCENA IX.

Dichos, menos D. VALENTIN.

RAM. Y ahora á tí, qué te dijeron
al entregarte la carta?
SAL. Al darme el papel, me dijo

se lo entregára á mi ama.
RAM. Vamos, sí, aun llego á tiempo
de evitar una desgracia.
(*lee.*) Mi adorada Cár... demonio!
un trozo de papel falta,
y no concluye la frase;
su adorada Car... tu hermana
creo que no se opondrá
á nuestros designios. (Cáscaras!)
Si don Ramon se opusiera,
como es muy fácil lo haga,
(pues no?) le convenceremos
de buena ó de mala gana.
Conque sí? Ya lo veremos;
hombre, solo me faltaba,
que así como el que no quiere,
me soplára este la dama!
(Prosigo.) Además, que ya
está por mí la criada;
si encontrára mucho obstáculo,
te sacaría robada,
pues está resuelto á todo,
tu Enrique! (Vaya una gracia!)
Pero ahora tengo una duda;
y es, si será á mi cuñada,
ó á mi mujer? Quién tendrá
el pedacito que falta? (*buscando.*)
Calla! Pues tal vez lo tenga
esa especie de fantasma
con gafas, que me encontré
instalado en esta sala.
Corro en su busca, y si le hallo,
le juro por santa Ana,
quitarle de un mojicon
dientes, muelas y quijadas.
Salomé?
SAL. Qué manda usted?
RAM. Que cuando vengan tus amas,
les digas que me hé marchado
en su busca; y de la carta
ni tanto así; de otro modo
te despido de mi casa. (*vase.*)

ESCENA X.

SALOMÉ, *sola.*

Buen cuidado tendré yo
de no decir ni palabra,
pues si me voy, se acabaron
las propinas; y ahí es nada!
Un durito cada dia
por entregar una carta!
Si acaso se descubriese
debo, como fiel criada...
es décir, sin olvidar
las costumbres de mi raza,
negar, se entiende, mentir,
y salga por donde salga.

ESCENA XI.

Dicha, CAROLINA Y CARMEN *entrando.*

CAR. Válgame Dios! Qué calor!
No se puede resistir!
CARO. (*á Salomé.*) Está aun en casa el señor?
SAL. Ahora acaba de salir.
CARO. Tal vez nos vaya á buscar.
SAL. Eso es tambien lo que creo.
CARO. El pobre se vá á cansar.
CAR. Así se dará un paseo.
CARO. Tal vez se enoje.
CAR. Mejor;
si se pica, que se pique.
No has visto á mi trobador?
CARO. Que trobador?
CAR. A mi Enrique.
CARO. Ah! Está abajo?
CAR. Justamente.
CARO. No Cármen, no he reparado.
CAR. Pues él bien te ha echado el lente.
CARO. Me ha mirado?
CAR. Te ha mirado;
y no ha puesto mala cara.
CARO. Tienes ya celos de mí?
CAR. A no ser tú, te jurára,
estar celosa de ti.
CARO. No tengas temor alguno
y calma tu corazon,
que yo no quiero á ninguno
que no sea á mi Ramon.
CAR. De otro cariño, yo sé
al de Ramon muy distinto.
CARO. No te entiendo, esplícate.
CAR. Te olvidas de Chindasvinto?
CARO. Vencida ya me confieso;
y en verdad tienes razon,
mas ya tú comprendes, que eso
es como una distraccion.
CAR. Y tu esposo, qué diria
si acaso lo sospechára?
CARO. Lo mas probable sería
que ciego me lo matára.
CAR. Pobrecito!
CARO. Tan hermoso
como es, y tan sentido...
CAR. Tiene un pelo tan sedoso!
CARO. Y un andar tan distinguido!

ESCENA XII.

Dichas, SALOMÉ.

SAL. Ahi fuera hay un caballero
que pregunta por ustedes.
CARO. Pero no ha dicho su nombre?
SAL. Dice es don Enrique Perez.
CAR. El es; vete, Carolina;
mas déjanos solos breves
instantes; y así que haya hablado
un poco, tú te vuelves,
yo te presento, y me voy.
CARO. Y luego que hago?
CAR. Las mujeres
tenemos siempre recursos;
así como el que no quiere,
tú procuras arrancarle
un juramento solemne;
hazle hacer formal promesa
de ser mi esposo; comprendes?
CARO. Sí, sí, lo haré cual tú quieres. (*vase.*)
CAR. Dios te premie este favor;
(*á Salomé.*) Di á ese caballero, que entre.

ESCENA XIII.

Dichos, D. ENRIQUE, *desde la puerta, y* CAROLINA *escondida.*

ENR. Se puede entrar?
CAR. Adelante.

Enrique!
Enr. Oh! vida mia,
de paz gozo, y de alegría
al contemplar tu semblante!
Car. De veras?
Enr. Y al admirar
de esos tus ojos el brillo,
á mi corazon sencillo,
siento de amor palpitar.
Car. Te se podria creer
si lo que hablas fuera cierto.
Enr. Lo dudas? Primero muerto
que esposo de otra mujer!
Car. Siendo asi, por qué no hablas
con mi hermana?
Enr. Pienso, sí...
Car. Si es cierto tu amor á mí,
por qué demanda no entablas?
Enr. Muy pronto lo pienso hacer;
en recibiendo unos haberes.
Car. Di mas bien, que nó me quieres
cual me debieras querer.
Enr. Cómo! Lo dudas quizás?
Car. (Haber si logro atraparle,
y á que se case obligarle!)
(*alto.*) Enrique, no me hables mas,
y pues tu mente se obstina,
está bien, me casaré.
Enr. Cómo! Con el hombre que...
Car. Mi familia me destina.
(A ver si ahora lo decido.)
Enr. Oh! Cármen, por compasion
no mates mi corazon;
mírame á tus piés rendido.
Car. (La victoria será mia.)
Enr. Hoy á tu hermana hablaré,
y en breve te llevaré
ante el altar, vida mia.
Me perdonas, luz de mi alma?
Car. Enrique mio, alzáte.
(Al fin mi objeto logré;
ya no moriré con palma.)
Enr. Dime, quién es el menguado
que aspiró á tu corazon?
Car. Un... amigo de Ramon...
Caro. (Qué embustera!) (*Detrás de una cortina.*)
Car. Mi cuñado.
Mas su pasion será vana,
como tú me ames á mi.
Enr. Lo juro.
Car. Calla, que aqui
veo venir á mi hermana.

ESCENA XIV.

Dichos, y Carolina.

Caro. Buenos dias, caballero.
Enr. Señora... á los pies de usté.
Está usted buena?
Caro. Bien, gracias.
Car. Hermana, tengo un placer
en presentarte al señor
don Enrique Perez; es...
mi amigo, y muy en breve
lo será tuyo.
Caro. Tendré
una satisfaccion.
Enr. Gracias.
Caro. Pero no se sienta usted?
Enr. Con permiso... (*sentándose.*)
Car. Usted le tiene.
Car. (*bajo.*) Te dejo sola con él; (*á Carolina.*)
á ver lo que haces por mí.
Enr. Señora, se marcha usted?
Car. Voy un instante allá dentro,
que tengo un poco que hacer.
Enr. Nos priva usted de su vista?
Car. Por poco; en breve saldré. (*vase.*)

ESCENA XV.

Dichos, menos Carmen.

Caro. (No respira.) (*pausa.*)
Enr. Sabe usted.
que hoy hace mucho calor?
Caro. No, pues yo no lo he notado. (*Pausa.*)
Enr. Me estoy luciendo, por Dios! (*Pausa.*)
Fué uste anoche á la Zarzuela?
Caro. No señor, y usted?
Enr. ¡Oh! yo...
nunca falto á ese teatro,
cuando tengo mal humor. (*Pausa.*)
Caro. (Pues señor, estamos frescos;
no habla.)
Enr. (Qué temo yo?
A ello, porque es indigno...
es indigno, si señor,
que un hombre tiemble al casarse.)
Car. (Qué amena conversacion!)
Enr. Señora; sin duda alguna (*Con resolucion.*)
su hermana ya le indicó,
que ha un mes rondo la calle,
mirando siempre al balcon,
donde por dicha vi un dia
al modelo de candor,
de hermosura y de pureza
á quien por hermana os dió
el Ser supremo; de entonces,
á donde ustedes van, voy,
hablando como los mudos,
por señas, y esto es atroz,
pues por contemplar á Carmen
no miro por dónde voy,
y aqui rompo á una señora
un traje de lana ó gró;
mas allá, me doy un beso
con un vetusto aguador;
que ó bien me tira el sombrero
ó me levanta un chichon;
y en fin, señora, mi vida
desde que la vi, es atroz;
pues no como ni sosiego,
pensando siempre en mi amor.
Yo vengo á pedir su mano;
¿qué me decís?
Caro. Que el favor
os agradezco de que
fijado hayais la atencion
en mi hermana; y muy honrada
por ello se vé.
Enr. Por Dios!
Si alguno se vé aqui honrado,
ese, señora, soy yo,
si acaso llego á alcanzar
tan anhelado favor...
Caro. Por mí, no hay inconveniente;
y si es que ella accede...
Enr. ¡Oh!

Labrais mi felicidad;
y á tan inmenso favor
os estaré eternamente
reconocido.
CARO. Es que yo
aun no he dicho si del todo;
no sé vuestra posicion
social; y como en Madrid
hay tantos. . .
ENR. Teneis razon,
y por eso no me ofendo;
voy á deciros quién soy.

ESCENA XVI.

Dichos, DON RAMON *al foro, sin verlos dice los cuatro primeros versos.*

RAM. Pues señor, no dí con él;
vaya un vegete endiablado!
No, pues yo estoy escamado
hasta que encuentre el papel.
ENR. A la hora que canta el grillo,
se entiende, al anochecer,
muy cerca de Santander,
nací yo, en un pueblecillo.
Honrado á carta cabal
era mi padre, un buen hombre!
RAM. Por el santo de mi nombre,
por San Jorge y San Pascual,
¿quien será aquel monigote
(*se detiene á escuchar.*)
que hablando está á mi costilla?
Mucho será que una silla
no le estampe en el cogote.
ENR. En la escuela me enseñaron
á escribir, leer y sumar,
y que viniera á estudiar
á Madrid, determinaron;
mas un tio que tenia,
hombre misántropo y ruin,
muy dado á estudiar latin
y á rezar la letanía,
dió en la terrible locura
de que iba á desheredarme,
si no queria inclinarme
á la carrera de cura.
Y persistió en su manía
de tal modo, que cansado,
la herencia dejando á un lado,
á mis padres hablé un dia;
pidiéndoles el permiso
para venir á estudiar
aquí; mi madre á llorar
empezó; y algo remiso
mi padre, montó en corage;
mas viendo mi decision
me dieron su bendicion;
al fin se accedió á mi viaje.
A poco vine á Madrid,
muy decidido á estudiar,
y con la suerte á luchar
con mas pujanza que el Cid;
mas fuéme contrario el hado;
seis exámenes sufrí,
y en todos ellos salí
totalmente reprobado.
Despues mi vida se abrió
de las letras el camino;
me encomendé á su destino,
y un creso me protejió.
Tanta maña me dí yo
del Gobierno á murmurar,
que para hacerme callar,
un destino se me dió.
Sin andarse con ambages
en hacienda me metieron.
Treinta mil reales me dieron,
y algunos pequeños gajes.
RAM. (*Detras de la cortina.*) Este titere en hacienda!
Siendo así, ya no me estraña
que ande la hacienda en España,
que no hay un Dios que la entienda.
ENR. Y de entonces, en mi puesto
sigo.
RAM. Lástima de estaca.
Por lo visto este se atraca
de la holla del presupuesto.
ENR. Esto es cuanto puedo dar.
RAM. (Le parece poco al niño!)
ENR. A la que mi gran cariño
gustosa quiera aceptar:
dichoso hacedme este dia,
pues sabe mi posicion,
y la violenta pasion
que devora el alma mia.
RAM. (Cáscaras!)
ENR. Podré esperar?...
De usted la esperanza abrigo
tan solo.
RAM. (Cuando yo digo
que le voy á estrangular!)
CARO. Si mi marido se aviene,
por mí, oposicion no veo.
ENR. Su esposo de usted yo creo,
que aquí nada que ver tiene.
RAM. (Pues me gusta! ¿Conque no?)
ENR. Permitid que agradecido,
á vuestras plantas rendido... (*se arrodilla y besa la mano á Carolina.*)
RAM. Por ahi no paso yo.

ESCEÑA XVII.

Dichos, DON RAMON, *entrando.*

RAM. Diga usted, caballerito.
CARO. Mi marido, Dios me valga! (*vase precipitada.*)
ENR. Quién será este?
RAM. Sabe usted
que me estan dando ya ganas
de cojerlo por los pies,
y echarlo por la ventana
á la calle?
ENR. A quién! Á mí?
RAM. A usted, si señor; pues vaya;
tiene usted buena figura
para enamorar madamas;
vaya un cuerpo retrechero,
y sobre todo, qué cara!..
ENR. Repórtese usted, ó de no
acaso le pese.
RAM. Vaya!
Pues supóngase usted, amigo,
que á mi no me dá la gana.
Pues hombre!
ENR. Pero sepamos,
usted quién es?
RAM. Ahí es nada!
Soy el legítimo dueño,

de la mujer que intentaba
ha poco apropiarse.
ENR. (Cómo!
Este es sin duda el canalla
que apoyado en D. Ramon
á Cármen tanto acechaba.)
Con que usted es mi rival?
RAM. Si señor, en cuerpo y alma.
ENR. Pues amigo, sepa usted
que ya ha perdido la plaza.
RAM. Eso luego lo veremos,
cara de manteca rancia.
ENR. Sígame usted, caballero,
á sostener con las armas
sus insultos; vamos pronto.
RAM. Vamos, que ya tengo ganas
de beber toda su sangre
como si bebiera horchata.

ESCENA XVIII.

Dichos, DON VALENTIN *entrando. Al ir á salir D. Ramon, tropieza con D. Valentin y le pisa.*

VAL. Válgame Dios! Me ha pisado
el callo cuarenta y tres!
RAM. Usted otra vez aquí?
VAL. Amigo, dispense usted,
si aquí me entré esta mañana
equivocado.
RAM. Bien, bien.
VAL. Vivo en el cuarto segundo.
RAM. Y á mí, qué me importa.
VAL. Es que
como yo soy corto de vista....
no veo del todo bien,
y...
RAM. Aguarde usted un momento
á que salga, y muerte dé
á ese mocito.
VAL. Pero hombre,
¿qué es lo que vá usted á hacer.
ENR. (*Desde la puerta.*) Sale usted, ó no, caballero?
RAM. Mucha prisa tiene usted
de que á la pared lo pegue,
como si fuera un papel.
VAL. Pero qué ha hecho ese infeliz
para que usted?..
RAM. Qué ha de hacer?
Enamorar á mi esposa.
VAL. Jesús.
ENR. Se equivoca usted.
RAM. Niegue usted que con mi esposa
hablando no le encontré?
ENR. Cómo! Es usted D. Ramon?
RAM. El mismo.
ENR. Qué iba á hacer?
Perdóneme usted, amigo,
pues si con su esposa hablé,
fué para pedir la mano
de su hermana.
RAM. Ay! qué placer!
Con que es decir que mi esposa
sigue á mi cariño fiel?
Y ahora que me acuerdo, debe
usted sin duda tener (*á D. Valentin.*)
un pedacito de carta...
VAL. Ah! un cachito de papel;
es verdad, aquí lo tengo. (*sacándole.*)
RAM. Démelo usted, á ver, á ver.
ENR. Esa es mi carta. (*reconociéndola.*)
RAM. Ahora caigo;
con que esta carta es de usted?
ENR. Si señor, y dirigida
á su cuñada.
RAM. Muy bien;
voy á vérlo. (*Une un pedazo de papel á la carta y lee.*)
Mi adorada
Cármen.
ENR. Se convence usted?
RAM. Si señor; venga un abrazo; (*abrazándole.*)
otro, y otro, y otro; y cien!
Ay! Qué peso me ha quitado
de encima! Si viera usted?
Me daban unos latidos
tan fuertes en cada sien!...
(*D. Ramon, en su alegría, deja caer la carta D. Valentin la coge, y al leer la firma, dice.*)
VAL. Enrique Perez! Pues hombre,
un sobrino he de tener
que se llame así. Un demonio
á quien yo desheredé
por no querer cantar misa.
ENR. Pues aquí me tiene usted,
tio.
VAL. Es usted?
ENR. Ego sum.
VAL. Pillastre! A mis brazos ven,
que esa palabra latina
me acaba de conmover,
y te devuelve mi amor;
subamos á casa, ven,
y me contarás tu historia.
D. Ramon, dispense usted
el disgusto que le he dado
hace poco.
RAM. No hay de qué;
hoy lo dispenso yo todo.
ENR. Y á mí, que me respondeis
con respecto á Carmencita?
RAM. Sereis su esposo.
ENR. Oh! placer!
VAL. Adios, amigo.
ENR. Hasta luego.
VAL. D. Ramon, no os molesteis
en salir á acompañarnos.
RAM. No es molestia por mi fé. (*se van.*)

ESCENA XIX.

CARMEN *y* SALOMÉ.

SAL. Señorita, doy á usté
mi cordial enhorabuena;
pues segun lo que he oido,
oculta tras esa puerta,
el señor está conforme
con Don Enrique.
CAR. De véras?
Qué es lo que dices, muchacha?

ESCENA XX.

Dichos, CAROLINA, *con un plato de comida entra precipitada.*

CARO. Cármen; Ramon en la mesa
está ya; ves, y procura
no llegue á notar mi ausencia,
pues vengo á dar de comer

á Chindasvinto.

CAR. Dios quiera
que no lo note Ramon;
pues si á sospecharlo llega,
ay! de tí.

CARO. Haz lo posible
porque á este sitio no venga;
pero corre, antes de que...

CAR. Voy allá. (*vase.*)

CARO. No te detengas.

ESCENA XXI.

Dichas, menos CARMEN; *despues* D. RAMON.

CARO. Dí, cómo está Chindasvinto?

SAL. Está un poco delicado;
apenas come, señora;
y está triste y cavizbajo.

RAM. (Por Dios, que saber quisiera (*desde la puerta.*)
qué contendria aquel plato
que Carolina ocultaba
cuando pasó por mi lado;
qué podrá ser? Pero calla!
Con Salomé está hablando;
escuchemos.)

CARO. Yo quisiera
tenerle siempre á mi lado,
pero mi Ramon es tan...

RAM. Tan... qué seré yo, canario!

CARO. Es tan poco complaciente...

RAM. (Al fin respiro!)

CARO. Tan raro,
que no lo consentiria.

RAM. (Sobre qué estarán hablando?)

SAL. Ay! señora, si usted viera!
Tal cariño os ha tomado...

RAM. (Santo Dios!)

SAL. Que siempre está
hácia la puerta mirando;
en cuanto entrais, en sus ojos
de gozo brilla un relámpago.

RAM. (Escamati.)

SAL. Cuando os vais,
dá un gemido entrecortado,
se tiende en el camapé,
y á nadie, á nadie hace caso.

RAM. (Digo á usté que los maridos
para sustos no ganamos;
apenas salgo de uno,
y ya con otro me hallo. (*se lleva las manos á la cabeza.*)

CARO. Llévale, pues, la comida,
y dale por mí un abrazo,
y un beso. (*vase Salomé.*)

RAM. (Pues, no contenta
con haber ella pecado,
quiere que las demás pequen
tambien! Medrados estamos!)

ESCENA XXII.

Dichos, D. RAMON, *entrando, y al verle* CAROLINA *dice:*

CARO. (Mi marido aquí, Dios mio!
ya se descubrió el pastel.)

RAM. Y se atreverá usté ahora
á negar lo que escuché?

CARO. Di, Ramon, qué has escuchado?

RAM. Lo que has hablado, mujer,
lo que acabas de decir
ahora mismo á Salomé.

CARO. Pues bien, ya que lo has oido,
Ramon no lo negaré.

RAM. Es decir que lo confiesas?
Jesus! que desfachatez!

CARO. Consiénteme ese capricho. (*con zalamería.*)
A ti, que te cuesta?

RAM. Eh!
Pues me gusta ese capricho;
jamás lo consentiré.

CARO. Ay! Ramon, que adusto eres!
Uno tan solo, ya ves,
mientras hay por esos mundos
quien mantiene dos y tres.

RAM. Eso es; media docena,
si uno no le basta á usted.

CARO. Pues mira, ya dos tenia
cuando contigo casé.

RAM. Dios mio! Me pongo malo,
siento mi cabeza arder!
Por qué no me lo dijiste?
Que á saberlo, juro á fé,
ni yo seria un... marido...
ni tú serias mi mujer.

CARO. No crei fuera preciso...
y además, me figuré
lo sabias.

RAM. Ojalá!
Que á llegarlo yo á saber...
Me has matado, Carolina,
Válgame el Dios de Israel!
Y accedia tu mamá?...

CARO. Pues si ella tenia tres!
Les hacia mil cariños,
y apenas decia, *ven*,
todos hasta ella corrian
á darla besitos.

RAM. Pues!
Qué haria en su juventud,
si eso hacia á la vejez?
De verdad le tengo lástima
á mi suegro D. Manuel!
Digo que mamá promete!

CARO. El uno era un Inglés,
el otro era Americano;
y el dia de San Miguel,
al volver mamá de Misa,
observó que uno Irlandés,
la iba siguiendo, y llamóle.

RAM. (Qué coqueta era, y que...)

CARO. Y con alhagos y mimos
lo pudo á casa traer.

RAM. Mujer, era una Lucrecia!

CARO. Era tan buen mozo, que
al mes de estar en la casa,
tanto le llegué á querer,
que me olvidé de los otros
que antes formaban mi edén.

RAM. Calla, mujer sin conciencia!
Serpiente de cascabel,
no aumentes con tus palabras
el fuego que siento arder
en la cabeza... en el pecho...
en el vientre, y en los pies.
(Señor, Señor, qué mujeres!
Y yo que con tanta fé
la creia una mongita!
Santo Dios! Fiese usted
en las beatas! Canario!)

CARO. Ramon, quisiera saber
qué te sucede?
RAM. Ya nada;
pues si irritado me ves,
no es por lo que pasa ahora,
sino por lo que pasé.

ESCENA XXIII.

Dichos, SALOMÉ *que entra corriendo*, *habla aparte á* CAROLINA.

SAL. Señorita, qué desgracia!
CAR. Pues que pasa, Salomé?
SAL. Que Chindasvinto está malo!
Muy malito, y desde ayer
ni comer ni beber quiere;
y echado en el camapé
está siempre.
RAM. (Qué hablará
Salomé con mi mujer?)
SAL. Y echa el pobre unas miradas,
como buscándola á usté.
CARO. Ay! Chindasvinto del alma!
Pobrecillo, voy á ver...
RAM. Qué significa esta alarma?
Carolina, esplícate;
qué pasa?
CARO. Que Chindasvinto
está muy malito.
RAM. Y bien?
Qué nos importa á nosotros
que ese memorable Rey,
que estará comiendo tierra
hace ya lo menos cien
mil siglos... Pues..!
CARO. Es que yo
quiero por última vez
estrecharle entre mis brazos.
RAM. Carolina! Qué escuché?
Es decir que está aquí, en casa?
SAL. Si señor, y desde ayer
el pobrecito está echado
encima del camapé,
junto al tocador.
RAM. Cuéntale
con los difuntos; ay! de él
como yo llegue á cogerlo. (*quiere entrar.*)
CARO. Esposo, qué vas á hacer? (*deteniéndole.*)
RAM. Señora mia, á matarlo! (*con ira.*)
CARO. Ya te guardarás muy bien.
RAM. Y á tí tambien, mala esposa! (*cogiéndola de un brazo.*)
SAL. Socorro!
RAM. Mujer infiel!
SAL. Favor! Socorro! Vecinos! (*vase.*)
RAM. De rodillas á mis pies;
reza el credo. (*cada vez mas furioso.*)
CARO. Pero esposo!
Dios mio! En qué te falté?
RAM. Aun lo preguntas, infame!
CARO. Madre mia, ampárame! (*cae sobre una silla.*)

ESCENA XXIV.

Dichos, D. VALENTIN, D. ENRIQUE.

VAL. Pero qué ocurre?
ENR. Qué pasa?
CARO. Amparadme, caballeros;
mi esposo quiere matarme!
RAM. Tengo sobre ella derechos
que nadie me negará.
VAL. Estad tranquilo, en cuanto á eso;
Pero debeis reportaros,
D. Ramon.
ENR. Y qué sabemos?
Acaso las apariencias...
RAM. No señor, porque aquí hay hechos;
ojalá no los hubiera!
Uf! se me crizan los pelos
de pensarlo solamente.
VAL. Pero sepamos que es ello?

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, y CARMEN *llorando y poco despues* SALOMÉ *con Chindasvinto en brazos.*

CAR. Todo, todo se ha acabado,
para él; ay! pobrecito!
Lo mismo que un pajarito
en mis brazos se ha quedado!
RAM. Por Dios que en esta casa
se han citado los disgustos!
No ganamos para sustos!
Por qué asi lloras? Qué pasa?
CAR. A deciroslo no acierto. (*llorando.*)
RAM. Pero hija, por San Jacinto. (*asustada.*)
Qué ocurre?
CAR. Que Chindasvinto
ya no existe! Qué se ha muerto! (*llorando con mas fuerza.*)
CARO. Ay! Dios! Bien me lo decia
oculto presentimiento!
Se ha de haber muerto de asiento!
CAR. Consuélate, hermana mia!
Calma un poco tu dolor!
CARO. Sin él no podré vivir. (*llorando.*)
RAM. Pero me quereis decir
quién es ese buen señor?
VAL. Su nombre el de un rey godo.
RAM. Di, quién es? (*á Carmen.*)
CARO. No lo adivina!
CAR. El perro de Carolina!
RAM. (Ahora lo comprendo todo!)
CARO. No es culpa tuya, Ramon;
bien merecido me ha estado
por habértelo ocultado.
RAM. Y por qué en tu habitacion
le escondistes? Mas no penes.
CARO. Porque hace tiempo sabia
la terrible antipatía
que hácia los perritos tienes.
RAM. Es cierto!
SAL. (*entrando*) Aquí el pobrecillo
está. Verlo quiere usté?
RAM. Si, si, tráelo, Salomé.
CARO. De qué ha muerto? (*llorando.*)
SAL. Del moquillo. (*idem.*)
RAM. (*cogiendo á Chindasvinto y dirigiéndose al público.*)
De este infeliz en memoria,
quiera Dios, que desde Pinto
al Mogol, y de allí á Coria,
conozcan todos la historia
del faldero Chindasvinto.

CAE EL TELON.

IMPRENTA DE G. ALHAMBRA, S. BERNARDO 73.

1871.